

PEREGRINANDO EN LONGOTOMA¹

Benito Rodríguez, OSB²

(16 al 30 de octubre de 2017)

La comunidad, para el monje, hace las veces de ese soporte-punto de apoyo, que el hijo encuentra en la familia, no para quedarse ahí, como si fuera una simple red de apoyo, sino para salir al mundo: el monje se vincula con el mundo desde una comunidad, como el hijo se vincula con el mundo desde una familia. La comunidad restaura en el monje ese punto de apoyo que quizás no tuvo en su familia. La huida del mundo por parte del monje se hace hacia una comunidad, para que después desde ella pueda volver...

Vivir desde el corazón es la respuesta salvadora, donde mi espíritu se conecta con el Espíritu de Dios en los otros, la naturaleza y las cosas... y en mí. Se abre entonces la posibilidad de una relación de alteridad, un encuentro, y no simplemente un consumo, un dominio... una fusión.

Hay un itinerario del hijo hacia el padre, que pasa por la familia (madre y hermanos), así como hay un itinerario del hijo hacia la familia (madre y hermanos), que pasa por el padre: para el hijo el padre y la familia le sirven de contrapunto para aprender a vincularse en relaciones de encuentro y no de fusión. El padre permite al hijo no “perderse” en una fusión con la familia, así como la familia permite al hijo no “perderse” en una fusión con el padre...

1 Estos pensamientos recogidos en este texto son fruto de un retiro de 10 días que hice después de ser reelegido abad de mi comunidad por un nuevo periodo de 6 años. El lugar es Longotoma, una hermosa playa solitaria, a 200 kilómetros al norte de Santiago, donde el Seminario Pontificio de Santiago tiene unas cabañas que usan, y prestan, a sacerdotes y religiosos que necesitan unos días de descanso o de retiro espiritual.

2 Abad de la Abadía de la Ssma. Trinidad de Las Condes, Santiago de Chile.

Para salir de mi propia subjetividad intento percibir con los sentidos el mundo exterior, presto atención a ciertos ritos que ordenan la vida cotidiana, busco “atrapar” el momento presente...

Hay ciertas estructuras y mecanismos humanos que permanecen inalterables en nosotros, aunque pasen cuarenta años... nos recuerdan que aún no hemos llegado a la tierra prometida... aunque claramente ya se va divisando en el horizonte.

Jesús me pregunta: “Pablo, hijo de Fernando, ¿me amas?”. Para responder a esta pregunta de Jesús lo hago como un hijo y miembro de una familia-genealogía humana...

En mi camino hacia el Reino, en la vida monástica, voy siguiendo un itinerario de conversión hacia Dios, y desde Dios hacia el mundo: así entonces me encuentro con el mundo en Dios. Ese mundo que se me presenta en el metro, en el aeropuerto, en la ciudad... pero también en el desierto, en la naturaleza...

El ícono es como una puerta que se puede abrir y por la cual puedo introducirme hacia el Dios vivo... El ídolo, en cambio, es como una pared, a lo más un espejo...

Relaciones icónicas y relaciones idolátricas... “ícono” es alguien que me permite relacionarme con Otro... “Ídolo” es alguien que me atrapa, me cierra toda posibilidad de relacionarme con un tercero... En cierto sentido el mundo, el prójimo, la naturaleza, las cosas están llamadas a ser íconos de Dios... Y viceversa, es decir, yo también soy ícono de Dios para otros...

Voy a Dios por medio del prójimo, el mundo, la naturaleza... Voy al prójimo, al mundo por medio de Dios... El tercero en estos itinerarios triangulares me sirve como confirmación de que el verdadero encuentro se ha producido...

*“Nadie puede venir a mí si no lo atrae el Padre”*³, dice Jesús... “Me parece poco decir que somos atraídos libremente –dice san Agustín–, hay que decir que somos atraídos incluso con placer”... A veces es precisamente ese “placer” que nos provoca un falso pudor...

3 Jn 6,44.

Cuando veo volar a las gaviotas y a los pelícanos se me despierta una admiración... Algo parecido me sucede cuando veo el movimiento de los delfines en el mar... Ellos me conectan con un anhelo interior de... ¿libertad?

El encuentro con el Dios vivo siempre provoca un envío, una misión: Moisés en la zarza ardiente, las apariciones de Cristo Resucitado a los apóstoles, la vocación de Abraham, de Isaías, de Jeremías... Y precisamente para esto, creo, estoy yo en Longotoma, para esto se va a un retiro: el encuentro con el Dios viviente se confirma, se prolonga, se acrecienta en la medida que lo comparto –comunico–, entrego a otros...

Al llegar al retiro Dios me sale al encuentro pidiéndome que le entregue algo que no quería entregar: una espectacular caja de galletas... Aunque resisto, finalmente cedo y las entrego... no me dejo “enredar” por este mal espíritu...

La presencia permanente del Santísimo me produce inicialmente una sensación de inquietud... ¿miedo?... ¿falta de libertad?... Era como si en vez de sentirme amorosamente acompañado por Dios me sintiera vigilado... No me dejo “enredar” por este espíritu de confusión... “Jesús, libérame... Jesús, yo afirmo tu victoria... Jesús, yo confío en ti...”.

No quiero irme de este lugar, y lo pido egoístamente... Tomo conciencia de este espíritu de egoísmo, y lo rechazo con una oración, como la que hace Jesús en Getsemaní: “Señor, sólo te digo que me quiero quedar... pero que se haga tu voluntad”.

Me asalta una inquietud, vergüenza, un sentimiento de culpa al recordar mi proceder en el pasado... Rechazo esta tentación con una oración que aprendí en Canadá: “Jesús contigo yo me perdono... Jesús, yo afirmo tu victoria... Jesús, yo confío en ti”.

¿Cómo acojo a ese joven obrero que es mi vecino estos días y que me viene a golpear a la puerta con un evidente deseo de amistad? No quiero perder ese “espacio” de libertad que he venido a buscar estos días... Un primer impulso es el de no dejarlo pasar, y de hecho solamente lo recibo en la puerta... Pero, ¿puedo eliminar a este vecino inesperado, pretendiendo un espacio propio para mi retiro?... En fin, finalmente me arriesgo a un encuentro... pero sin perder mi libertad...

Me encuentro con personas sencillas, que se ven felices. No parecen tener incorporado a Dios explícitamente en sus vidas: obreros, pescadores, el cuidador y su familia... pero se ven felices... Aprendo de ellos: quizás su itinerario es a Dios, a través del mundo... El mío, en cambio, es encontrarme con el mundo, pero a través de Dios... Pero el resultado parece ser el mismo, ellos y yo somos profundamente felices, tenemos paz en el corazón...

Estar feliz en la soledad del retiro me permite reconocer también mis carencias, mi vulnerabilidad, mis necesidades: de agradar, de controlar y dominar, de que me quieran, de existir, de pertenecer, de no quedarme afuera, de no perderme algo... Es una soledad virtuosa, porque no me cierra los ojos...

Reconocer la propia herida, en la soledad del retiro, me hace más libre... En la herida descubro mi debilidad y, al mismo tiempo, mis posibilidades... Desde la herida lloro, pero también desde ella amo, me entrego, me encuentro con los demás... Mi herida me hace tomar conciencia de que necesito a los demás...

Es la paz de Jesús la que busco, no la mía. Y el camino es hacia Jesús, lo busco a él... y en él encuentro la paz... y la felicidad. Antes me conformaba con una paz miserable, que se alteraba ante cualquier circunstancia... Cuando los recuerdos de mis pecados me inquietan le digo: "Jesús, contigo yo me perdono"... Cuando me perturba una tentación en el presente le digo: "Jesús, por tu Santo Nombre libérame"...

En la verdadera amistad no es necesario decírselo todo... uno permanece siempre un misterio para el otro, como también para sí mismo... Ese prurito de tener que saber todo de la otra persona, y viceversa, ¿de dónde salió?...

Tener la sensación de que no todo en mí es tan químicamente puro como me gustaría, a veces me inhibe para la amistad... ¿Será porque me obliga a relacionarme desde la humildad?... El ego es como una mala hierba...

A los padres no se los puede eliminar... pero sí se los puede dejar, aunque sea temporalmente, para seguir el propio camino...

Lo que ya hice en el pasado hoy no lo puedo cambiar... Pero sí puedo hoy elegir cómo quiero vivir... Mirando el pasado constructivamente aprendo para vivir hoy de una manera mejor...

Hoy ya no me quejo tanto por mis “estructuras”, con sus dimes y diretes, porque en definitiva crece mi confianza en que es Dios quien me salva...

El juicio no es para lo que uno pueda sentir o pensar, siempre involuntariamente, sino más bien para lo que uno, voluntariamente, elige hacer...

El preocuparse por cómo nos ven los demás puede ser una falsa motivación, pero que puede ayudar para orientarnos hacia el bien, aunque aún no se haya hecho la opción de elegir el bien por sí mismo...

Cuando por distintas razones el padre no está, ¿se puede uno vincular con él a través de los abuelos, hermanos, sobrinos...?

Al mirar a Jesús en el Santísimo le digo: Gracias por estar ahí, gracias por estar aquí, gracias por estar en mí... Me recuerda que él está vivo, está aquí, me ama... y tiene todo el poder... me llama a vivir con reverencia...

Aún no estoy reconciliado con todo ni con todos... pero en esperanza sí lo estoy...

Cuando siento angustia me pregunto de dónde viene... Si se trata de un síntoma de que Dios está realizando su obra en mí, es decir sanando, liberando, reconciliando, entonces le digo Amén... Si no es una angustia de Dios, le pido que me libere de ella... Pero no me dejo atrapar en la angustia, sea de Él o no, para mí no es un tema, no me engancho ni me victimizo... me abandono en Jesús... ¡chao! con la angustia, que se quede, y a mí qué me importa... ¡Y estuvo fantástico!... Ni me acuerdo cuándo se evaporó...

Jesús, sé en mí un reflejo de la paternidad del Padre... para mis hermanos... Tomó tiempo poder descubrirlo y acogerlo... Ser como un reflejo, un eco, de la paternidad de Dios, para otros... ojalá con la máxima transparencia de mi parte... sin resistencias... ¿Se desvela con esto el misterio y el sentido?... En fin, dejar que Dios sea padre en mí, a través de Jesús, su hijo amado... para mis hermanos... Amén... Aleluya...

*Abadía de la Santísima Trinidad
Casilla 27021 – Santiago 27
CHILE*